

sin tener marido, y habiendo contado sus amantes por docenas lo mismo en tiempo de la república, que del imperio, que de la restauración sin que ninguno de ellos consiguiera el más liviano favor, y sin que nadie la creyera capaz de haberlo concedido. Esta mujer merece, pues, ocupar un puesto en la historia del siglo XIX.



LA SEÑORA DE RECAMIER

publicana, porque Bernard era un patriota, si bien no había dejado de prestar oídos á las intrigas realistas. Desde luego, su hermosura llamó extraordinariamente su atención, y no siéndole posible á su padre sustraerla á la turba de sus adoradores formada de los hombres más eminentes de Francia, su padre le dió por esposo, con su consentimiento, al banquero Recamier, que le doblaba de mucho su edad. La estupefacción fué general, y aún hoy no se ha podido penetrar el misterio de esa relación.

Llamábase Julia Bernard, era de Lyon, en donde nació en 1777, hija de un banquero, que se trasladó á París en 1784, aumentando grandemente su fortuna con el apoyo que le dió Calonne. Cuando llegó á París á la edad de diez y siete años, se encontró con un salón hecho, el de su padre, al que acudían los capitalistas y hombres importantes de la época re-

Recamier fué por ella un nuevo padre, y no más que un padre. Pero en medio de todas las reservas nadie sabe si Julia tuvo que hacer durante toda su vida de la necesidad virtud, aún cuando por momentos parece insostenible esta opinión.

Casada, fué la de Recamier, más solicitada y querida que nunca. Aquel matrimonio desproporcionado, se creyó por un momento uno de tantos negocios hecho por el honrado Recamier para aumentar su prestigio, grande entre la gente del gobierno de

la época, porque ardiente patriota y hombre de negocios, siempre tenía sus millones á su disposición.

Los que primero le hicieron la corte con intención deliberada de corromperla, fueron Napoleón Bonaparte y Luciano Bonaparte. El marido de Josefina la conoció á su regreso de Italia en 1797, y se prendió de ella, y el día de su fiesta triunfal, para seducirla la distinguió entre todas las damas presentes. Bonaparte hubo de creerse en buen camino y quiso continuar deslumbrándola; dispuso, pues, una gran

fiesta á poco, y le señaló en la mesa puesto á su lado. La de Recamier, que sentía por él una aversión, de la que nunca pudo prescindir, se negó á ocupar el puesto que se le había señalado. Bonaparte le envió entonces á su hermana Elisa para convencerla, y ya veremos luego otras hermanas de Bonaparte ocupadas en esta vergonzosa tarea de proporcionarle á su hermano á la mujer que lo prefirió todo al honor de ser la querida de Bonaparte y de Napoleón I.



CANNING

Luciano tomó por su lado la cosa con más vehemencia. Como la Recamier se llamaba Julia, la llamó Julieta y él se llamó Romeo, y de ese Romeo insulso y hablador, se han conservado buen número de cartas que hubieron de hacer reír mucho á la discreta dama.

Bernadotte y los dos Montmorency, Adriano y Mateo, también la cortejaban. Los Montmorency fueron siempre para ella los preferidos, amantes del alma; el soldado se retiró pronto al convencerse de que aquella era una plaza que no había medios de rendir.

Cuando Bonaparte se llamó Napoleón I, creyó que el emperador podría más que el cónsul y que el gran general, y le mandó al abate Fouché, á su ministro de policía para ofrecerle su lasciva y ver-

gonzosa pasión. Será Guizot de quien no pudo la de Recamier hacer uno de sus adoradores ó de sus amantes platónicos quien nos enterara sobre este punto que naturalmente Lacroix olvidó al hablar del «gran reformador moral.»

«Fouché,—dice Guizot,—que tenía la confianza irónica de los viejos corrompidos, no creía que hubiese nadie que él no pudiese corromper, entabló sus negociaciones con reserva, procurando que fuera la Recamier quien pidiera un puesto en la corte. Ella, logró sin comprometerse ir dilatando la contestación. Entonces Fouché dió un paso más...» «Con una hipocresía transparente, Fouché tentó la bondad al mismo tiempo que la variedad para seducir la virtud. Napoleón, le decía, no ha encontrado aún mujer digna de él, y nadie sabe lo que sería su amor

si se consagraba á una persona pura, de seguro que le dejaría tomar sobre su alma una gran autoridad que será de todo punto beneficiosa. Pero la señora de Recamier resistía siempre ocultando con palabras de modesta desconfianza su inquietud y su disgusto. Fouché acabó por impacientarse, y sin duda autorizado por su amo, le dijo un día: «Espero que no me daréis una nueva negativa; no soy yo, es el mismo emperador quien os propone una plaza de dama de palacio, y yo tengo orden de ofrecéroslo en su nombre.» Obligada á explicarse, la de Recamier, que había consultado á su marido que la había dejado en plena libertad de seguir sus propios sentimientos, respondió con una negativa terminante. Fouché cambió entonces de tono, y pasando de la impaciencia á la cólera, se desató en reproches contra los amigos de la señora de Recamier, y sobre todo contra Mateo Montmorency á quien acusaba de haber preparado este ultraje al emperador. Se puso á declarar contra la carta nobiliaria, para lo cual, decía, tiene el emperador una indulgencia fatal, y salió de Clichy para no volver allí jamás.»

El gran reformador moral no se dió por vencido con esta negativa y encargó á su hermana Carolina, la esposa de Murat y futura reina de Nápoles, que continuase las bajas obras de Fouché. Elisa y Carolina fracasaron.

Su negativa fué causa de la ruina de su esposo. Fuertemente comprometido éste con los negocios de España, Napoleón hizo apretarle y no tuvo más remedio que declararse en quiebra. Ni aún para salvar á su esposo, quiso Julia faltar á sus deberes, prefiriendo la humillación á su deshonra. Esto sucedía en 1806; desde esta época fueron á vivir los dos esposos en una casa y calle de tercer orden, en donde, sin embargo, les siguieron todos sus grandes amigos.

Al siguiente año la Recamier y la de Staël estaban reunidas en Coppet, en casa de Necker. Aquí conoció la Recamier á un sobrino del gran Federico de Prusia, al príncipe Augusto, que le ofreció su corazón y su mano encargándose de hacer anular su matrimonio. Dejose vencer la inflexible y se lo participó á su marido. Éste se mostró dispuesto á sacrificarse desde luego, pero le hizo algunas convenciones que la hicieron desistir. El príncipe Augusto de Prusia fué despedido.

Fueron sus relaciones con la de Staël, que llegaron á ser tan vehementes, que á todos parecían incomprendibles, y más tarde no lo fueron menos con la reina Hortensia, la que dió lugar á que entrambas hicieran en Roma mil locuras, dándose citas en

las ruínas de la imperial ciudad, presentándose en los bailes de máscara vistiendo trajes idénticos para divertirse con las equivocaciones, etc.

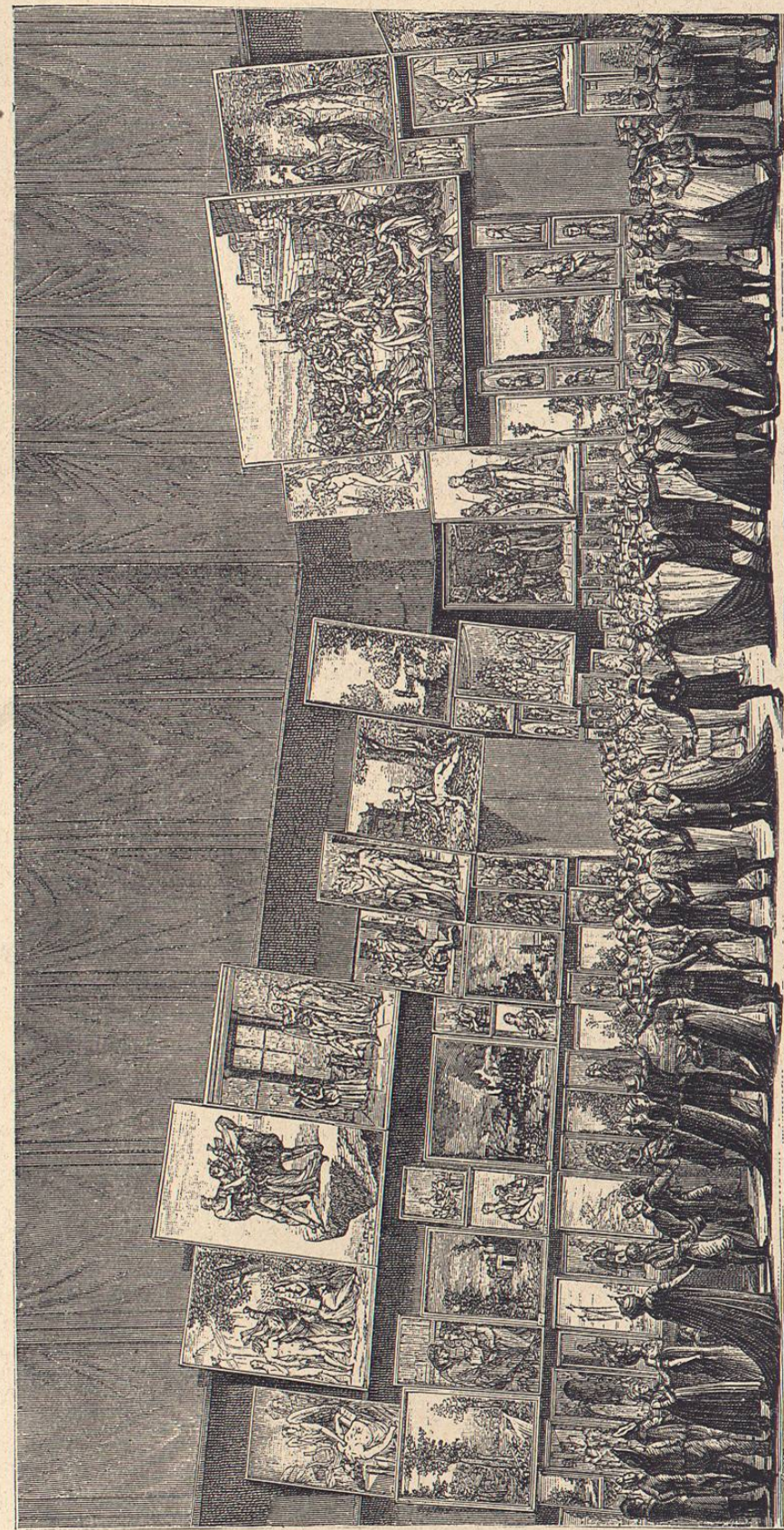
Hasta á la caída del régimen imperial no volvió la Recamier á Francia, habiendo vivido hasta entonces en Roma rodeada de sus adoradores. Una vez de regreso á París sus salones fueron de nuevo el centro de todas las notabilidades. Benjamin Constant se unió ahora á los Montmorency que ya llegaban á su tercera generación, y luego entró en la compañía el mismo Chateaubriand que fué uno de sus más apasionados y comprometedores amigos.

En 1817 un nuevo contratiempo financiero de su esposo la decidió á pedir la separación de bienes y desde este día hasta su muerte vivió en la Abbaye-aux-Bois. Esta época no es, sin embargo, la más tranquila de su vida, sino la más ardiente.

Chateaubriand no se contentaba con ser un amante platónico y no quería que se le entretuviera con dulces coloquios como se había hecho con Montmorency y con Ballanche uno de sus más fieles enamorados. Además Mateo Montmorency era ahora ministro, y entre uno y otro existía una rivalidad implacable que no se limitaba dentro de la Cámara y dentro de los círculos políticos, sino que llegaba al exterior y entraba en casa de la Recamier.

Chateaubriand vencedor de M. Montmorency quiso también vencer la coquetona virtud de su amiga, se hizo exigente, porque además se sentía amado, pero la amada á punto ya de ceder apeló al recurso heroico de la fuga, y se marchó de nuevo á Italia. Dos años duró su ausencia. A su vuelta Chateaubriand ya era para todos otro hombre, ya no era el amante apasionado, vehemente. Era el amante resignado, tranquilo y feliz. ¿Qué había pasado? Este es el enigma que cubre la entera vida de la Recamier.

Chateaubriand se confesó en los siguientes términos: «Agitado á fuera por las ocupaciones políticas ó disgustado por la ingratitud de las cortes, la plácidez del corazón me esperaba en el fondo de este retiro,—la Abbaye-aux-Bois,—como la frescura del bosque al salir de una llanura ardiente. Yo encontraba la calma cerca de una mujer cuya serenidad se extendía al rededor de ella sin que esta serenidad tuviese nada de demasiado igual, puesto que pasaba por medio de profundas afecciones. Las desgracias de mis amigos han cargado sobre mí y jamás me he sustraído á esa sagrada carga; el momento de la remuneración llegó; y una afección sería digna ayudarme á conllevar lo que su multitud añade de pesadez á días malos. Al acercarse mi fin,



SALON DE PARIS DEL AÑO VIII DE LA REPÚBLICA FRANCESA